

“LACRYMAE RERUM”

(VIEJA ESTAMPA DE SEMANA SANTA)

LA emoción recóndita, nimbada de nostalgia y orlada de melancolía, que el poeta latino acertó a plasmar en esa frase feliz, la sentía yo, la intuía, sin saber lo que era, al llegar los días de la Semana Santa, en mi lejana infancia.

Esas lágrimas de las cosas emergían para mí del ambiente pueblerino cargado de tristeza; de la campiña familiar enmudecida por el silencio de las campanas, parecían destilarlas aquellos crepúsculos inolvidables; y al deambular por calles y plazas, también en ellas, encontraba impalpable vapor de lágrimas.

Al evocarlas ahora caen sobre el alma como una lluvia de flechas, se amontonan en ella como grandes lirios dorados, para mí llenos de fragancia, que voy a deshojar sobre la blancura de estas cuartillas.

* * *

Entre los recuerdos, unos se enseñorea de todos: el de aquellos labios inconfundibles que vertía cada año en mi alma de niño el fulgor misterioso, el vino embriagante del drama de la Redención al paso lento de las procesiones.

Procesiones pobres de lujos de arte, pero aromadas de sentimiento, ungidas por la fe de muchos siglos: la del Señor Amarrado, la de Jesús Nazareno, la profunda del Santo Entierro, la tierna y poética de la Soledad...

Todas iban precedidas del personaje que atraía las miradas infantiles, el «Quiroba» vestido de Nazareno, que encapuchado, soplando en una larga y reluciente trompeta, que era como una lanza hundiéndose en el silencio congelado del atardecer, o como un ronco alarido revolando por el seno mate de la noche, alumbrada por bosques de cirios en hilera, sostenidos por las manos de hombres graves, austeros, que marchaban enfilados, silenciosos, lentos, envueltos en pañosas capas...

Detrás, apiñadas, cerrando la marcha, los racimos de mujeres enmantilladas, escoltando el dolor insondable de la Virgen, por nadie mejor que por ellas amada y comprendida.

De vez en vez, al desembocar en un altozano, el resplandor alado y restallante de la «saeta» brotando en la penumbra enmacetada de una reja florida.

El «ay» de la saeta diráse que subía como roja centella hasta tocar el cielo para bajar en seguida, trémulo y suspirante, a diluirse en el seno de la noche misteriosa, hasta extinguirse al final en un arrobamiento de plegaria, en un rebosamiento de ternura...

Errantes entre las filas de hombres y las filas de mujeres, como salpicando el cuadro de florecillas silvestres, los muchachos de entonces, viejos hoy, sintiendo pesar profundamente sobre nuestras almas niñas el hondo misterio de la Muerte del Señor...

*
* * *

De todas esas imágenes que, cual pensil de crisantemos, se mecen en la imaginación, quiero revivir aquí la más ingenuamente conmovedora: la peregrinación que uno de aquellos años emprendí yo, con los pequeños del pueblecito cercano al mío nativo, a la Ermita de la Encarnación, en cuyo retablo modestamente barroco, descolaba, en la parte de arriba, la dulce imagen del Cristo de la Misericordia.

Tuvo lugar en el atardecer de aquel Viernes Santo, cuando el Ángel de la Paz y de la Inocencia caminaba a nuestra diestra.

Estaba la Ermita — está aún — fuera del pueblo, coronando un otero.

Subíamos los pequeños, en espesa bandada, el camino pedregoso, accidentado, en cuyo fondo destaca la albura luminosa de la Ermita muy enjalbegada.

Era un trillado y humilde camino sombreado por ramos pacíficos de oliva, cubierto a trechos — y esta era su nota característica — por láminas de oscuras pizarras que sobre el fondo grisáceo presentaban vetas rojizas: Cuando el sol poniente reverberaba en ellas nos daban una viva apariencia de manchas de sangre.

La adorada leyenda infantil que todas las cosas transfigura con su varita mágica, ponía en aquellas manchas cárdenas fulgor misterioso de milagro.

Porque para nosotros eran pizarras auténticas de Judea, las mismas que por toda la calle de la Amargura hasta el Calvario formaban la senda dolorosa que Jesús recorriera con el peso de la Cruz sobre sus hombros benditos...

Aquellas piedras, rezaba la leyenda, al sentir consumado el deicidio, fueron abiertas al filo del dolor de la creación entera y arrancadas de cuajo por las convulsiones del terremoto, volaron despaavoridas de los parajes donde Jesús acababa de exhalar el último suspiro...

Unas, añadía la leyenda, cayeron en tierras de moros y fueron por ellos destruidas o convertidas en polvo; otras, en tierras de cristianos, y algunas cayeron precisamente en aquel camino de nuestra ermita; eran las mismas que teníamos delante...

Por eso aquellas manchas rojas eran para nosotros sagradas, inviolables, divinas reliquias... ¡Horror y maldición para quien osara profanarlas!

Porque eran, decíamos, gotas de sangre; hilos de sangre que ver-

tió Jesús en la mañana del Viernes Santo, cuando iba camino del Calvario con la Cruz a cuestas, con las espinas punzando sus divinas sienes, con las espaldas chorreando también sangre por la crueldad de los azotes...

¡Cómo sentíamos, al contemplar las que creíamos huellas palpables de la Pasión del Señor, correr por nuestras débiles arterias el mismo conmovedor, heroico impulso del merovingio Clodoveo!

También nosotros lamentábamos, como él no habernos encontrado allí junto a Jesús, no haber podido irrumpir en su calle de la Amargura ni en su Calvario, para defenderlo con nuestras restallantes hondas, temibles y certeras, para arremeter con nuestros puños infantiles contra toda aquella cuadrilla de sayones judíos, que martirizaban a mansalva al Señor hasta hacerle caer, chorreando sangre, contra las pizarras del camino!..

Que llegaran ahora, estando allí nosotros, gota a gota hubiéramos derramado toda nuestra sangre, antes que dejar pisar, ni menos que nos hicieran pisar, las manchas cárdenas de las pizarras benditas, que nosotros besábamos temblorosos y arrodillados en el vasto incendio del crepúsculo del Viernes Santo, cuando sentíamos obrarse el prodigio, pues las veíamos brillar y aparecían a nuestros ojos, purpúreas y hermosas, como de sangre recién derramada.

Envueltos así en el resplandor de la leyenda, matizada por los ingenuos relatos y las piadosas consejas de nuestras viejecitas abuelas, seguíamos hasta la Ermita, rebosantes de emoción, por entre el verdor oloroso de los sembrados y entre los trinos de los pájaros que, desde las frondas de los olivos alineados a uno y otro lado de la mística senda, tenían en aquella tarde un acento gemebundo... Vibración de gemido había también en nuestra voz...

Y en los ojos, vapor de lágrimas...

*
* * *

Los niños de entonces somos los hombres de hoy, que después de haber traspuesto el sendero mágico de la infancia, el triunfal de la juventud, estamos divisando ya, cara al ocaso, la ribera helada de la que jamás se vuelve.

En todos se derrumbaron ya hace mucho tiempo los alcázares de las ilusiones, los castillos roqueros de las esperanzas que parecían inmovibles.

¡Es como si por el alma hubiera pasado un viento seco y huracanado!

¡Pero perdura en la memoria la visión del humilde camino y de la blanca ermita!

La leyenda infantil y su ingenuo prestigio desmoronóse también.

¡Pero Cristo vive en nosotros!. Su dulce imagen de la Misericordia se mece flotante, emerge siempre en la imaginación desilusionada, que aprendió por fin, en medio del desamor y de la negrura del mundo en esta hora, que solamente El es — hoy, como ayer, como mañana — Camino, Verdad y Vida.